



## ***La búsqueda de la fuente de la Juventud en «La Florida»: versiones cronísticas***

José Carlos González Boixo

Las resignadas coplas de Jorge Manrique sobre la fugacidad de la vida nos avisan de que la muerte nos acecha y que no podemos evitar tan funesto encuentro. No es extraño que el hombre haya tratado de evadirse de esa triste realidad aspirando a conseguir lo imposible: la inmortalidad. La fuente de la juventud es una de las variantes de ese mito universal, presentado a veces desde una perspectiva totalizadora (quien bebe de sus aguas se convierte en inmortal) y, en otras ocasiones, con limitaciones (prolongar la vida, manteniéndose joven) que no eran obstáculo como para que se desdeñase su mágico efecto. Menciones a estas fuentes las encontramos en las más diversas culturas. Algunas referencias nos permitirán apreciar la extensión del mito. Gil (1989: 264-65) recoge los siguientes casos: Herodoto menciona que los etíopes, a los que situaba en el extremo del mundo, alcanzaban la edad de 120 años gracias a los baños en una determinada fuente; los iraníes creían en la existencia de una fuente de la vida, Adnissur; entre los mesopotamios, Siduri habitaba en una isla y tenía el don de conceder la inmortalidad; algo similar se refleja en la *Odisea* con la ninfa Calipso; por último, según Valerio Máximo, en la isla de Latmos existió un rey que llegó a los 800 años. También Antonio Ballesteros (1947: 119) menciona un caso que entronca con este tema: según Claudio Bliano (siglo II), la *Terra incognita* existía y en ella un río llamado Voluptuosidad; quien comía de los frutos de los árboles que a sus orillas crecían «paulatinamente se rejuvenecía, pasando de la ancianidad a la edad viril, de ésta a la juventud, y luego a la adolescencia y la niñez, hasta reducirse a la nada». Tales maravillas, como se puede apreciar, ocurrían siempre en lugares recónditos, dentro de ese espacio de lejanía que los mitos necesitan para crecer. Uno de esos lugares mágicos por excelencia fue el Oriente, para los autores de la Antigüedad clásica y, sobre todo, para los medievales. Por eso, entre otras maravillas, un viajero como Jourdain de Séverac, recorriendo hacia 1320 el Oriente, señala que en la India hay «una laguna y en

medio de ella un árbol. Todo objeto metálico que cae en ella se transforma en oro; toda llaga tocada con una hoja de ese árbol, queda inmediatamente sanada» (Kappler 1986: 198). Como se puede apreciar, nuevamente, aparece aquí una variante de la fuente de la juventud (aguas con poderes mágicos), la del árbol que por estar en sus orillas adquiere sus cualidades. Recordemos que en la tradición indígena americana también ciertos árboles de las márgenes del Orinoco tenían el poder de rejuvenecer, como «la palmera moriche», o virtudes curativas, como «el palo santo» o «el xagua» (*cfr.* Gandía 1929: 49-50).

Refiriéndonos a la fuente de la juventud es obligado citar a Juan de Mandevila. Sus *Maravillas del mundo* habían aparecido en 1356 y, por muchos años, junto con el libro de Marco Polo, sirvieron de fuente de información fundamental a los europeos en el tema del Oriente, siempre visto desde la perspectiva de lo maravilloso (prueba de su vigencia es que en una fecha tan tardía como la de 1521 se traduce el libro al castellano). El pseudo-viajero llega a afirmar que ha bebido en la fuente de la juventud:

Y al pie desta montaña [Plumbe] está una fuente que ha olor y sabor de todas las especias, y en cada hora muda su olor y su sabor; y si alguno bebe de aquella agua tres vegadas en ayuno, sana de cualquier enfermedad que haya. Y los que allí moran beben muchas veces de aquesta agua, por lo cual ellos no tienen alguna enfermedad. E yo he bebido tres o quatro vegadas de aquella agua, y parésceme que yo valgo más por aquello agora. E dicen que aquella fuente viene del paraíso, y que por tanto es tan virtuoso. E por tanto éstos que cada día beben della, parece que sean mozos. Por donde algunos dicen que la llaman la fuente de la mocedad, por lo que suso es dicho»

(Lib. II, cap. XLIII, Mandevila 1984: 112)

Para un europeo del siglo XVI la asociación con la fuente del Paraíso, que daba origen a los cuatro grandes ríos de la Tierra, era una vinculación natural por razones religiosas. Colón, aunque no menciona entre sus objetivos míticos la fuente de la juventud, sí afirma haber encontrado el Paraíso Terrenal, por lo que la idea expresada por Mandevila en cuanto a la interconexión entre una palpable fuente de la juventud y una inalcanzable, para el ser humano, fuente del Paraíso tal vez pasó por su cabeza<sup>1</sup>. Los referentes clásicos no podían ser tomados en consideración ya que sólo Dios podía conceder la inmortalidad o el rejuvenecimiento. Por eso, cualquier historia que pudiese relacionarse con estos temas en el horizonte de las divinidades grecolatinas quedaba enmarcada en la mitología, mundo propicio para la creación artística pero sin contacto con la realidad. Es muy importante tener en cuenta esta vertiente religiosa del mito de la fuente de la juventud ya que estaba condicionado por su adecuación al cristianismo. Paradójicamente, si el mito existía era en gran medida porque mitos de las mismas características se habían desarrollado en culturas paganas y se había establecido una tradición que fructificó en el ámbito cristiano. Aceptar la bella e imaginativa historia de Platón sobre la Atlántida era factible porque era un tema que no afectaba a las creencias cristianas. En cambio, en el mito de la fuente de la juventud el condicionamiento

religioso era patente: un cristiano no podía aceptar que Calipso tuviese el poder de conceder la inmortalidad. Sólo a Dios le estaba reservado este poder que podía manifestar a su discreción a través de la Naturaleza. De hecho, las múltiples maravillas que la Naturaleza ofrecía, cuando no se podían interpretar de una manera racional, se supeditaban a la voluntad divina.

No es extraño, en consecuencia, que el mito concreto de la fuente de la juventud, más allá de sus concomitancias con mitos similares en otras culturas antiguas, no tenga su origen en la época clásica sino en la medieval. La fuente de Juvencio o *Fons Juventutis* aparece por primera vez citada en una carta fechada hacia 1165 «atribuida al Preste Juan», tal como indica Weckmann (1984: 56). Como se puede apreciar hay una clara vinculación religiosa al considerar que la fuente se halla en ese mágico y evasivo reino cristiano del Preste Juan, a veces situado en Etiopía y, otras, en algún incierto lugar de Asia o India.

Del mismo modo, tampoco es extraño que cuando Mandevila habla de la fuente la relacione con el Paraíso Terrenal, o que uno de los ríos de la Florida reciba el nombre de «Río Jordán», posible alusión al río bíblico que simboliza el bautismo, tal como recuerda Gil (1989:278). La vertiente religiosa del mito se puede observar asimismo si lo relacionamos con dos leyendas muy difundidas, las de las islas de San Barandán y de las Siete Ciudades: paraísos que Dios ha concedido a unos pocos, imposibles de encontrar si no es por deseo divino, y donde el tiempo no transcurre. Mitos totalmente cristianos tal como reflejan las siguientes palabras de Kappler (1986: 115): «Cuando San Barandán, tras siete años de navegación, encuentra por fin la 'tierra de promisión de los santos', descubre que se trata de una isla iluminada por la luz eterna: “lux enim illius Christus est”».

¿Cómo se inscribe en este panorama la presencia de la fuente de la juventud en América?

Las noticias que sobre el tema han llegado hasta nosotros proceden de los cronistas - tal como es usual en este tipo de leyendas, fuera de unas pocas informaciones en documentos-. No sabemos con exactitud las ideas concretas que los expedicionarios que buscaron la fuente tenían, ni tampoco es fácil concretar cuál era el estado de opinión al respecto en la sociedad de la época. Enseguida veremos los textos cronísticos que aluden a la fuente, a través de los cuales podrá comprobarse que el mito aparece desprendido de referencias concretas que lo relacionen con la *Fons Juventutis* medieval; es decir, se ha conservado sólo el elemento esencial del prodigio. Más que de la fuente de la juventud se trata de una fuente de la juventud, ya que la posibilidad de que se encontrase en América no hacía viable que se tratase de la misma fuente que se situaba en los reinos del Preste Juan, o fluyendo del Paraíso, tal como recogía Mandevila.

Si la fuente americana no era la que la tradición cristiana relacionaba con el binomio Oriente/Paraíso, ¿cómo encontrar un nexo de unión con esa tradición? De manera indirecta, la respuesta nos la da Pedro Mártir: es Dios quien puede obrar un milagro a través de la Naturaleza. ¿Y por qué en América? Pedro Mártir no se hace esta pregunta, pero de haber tenido que responder a ella es probable que hubiera estado de acuerdo con Acosta cuando trataba de explicar la razón de la abundancia de oro en América: Dios había dispuesto que la Naturaleza fuese pródiga en dicho metal para así propiciar el interés de los españoles en aquellas tierras, casi como un cebo para que la

cristianización de los indígenas quedase garantizada. De la misma manera, la fuente se sumaba al conjunto de maravillas que se encontraban en América, y en ello podía verse una especie de «recompensa» divina para con el pueblo elegido para cristianizar el continente nuevo. Esta perspectiva religiosa ha de completarse, necesariamente, con otra perspectiva laica: la fuente como una «maravilla» más que podía encontrarse en América. De hecho, la aparición de este mito en América está muy distanciado de los modelos originales: los cronistas no hacen la más mínima referencia ni a la Antigüedad ni a la vinculación medieval de la fuente con el Paraíso; sin embargo, es evidente que, al mencionar la fuente, la referencia mítica está en sus mentes.

## **Juan Ponce de León y su búsqueda de la fuente en Bimini**

En 1512 se otorgaba a Ponce de León una capitulación «sobre el descubrimiento de la isla de Bimini» (reproducida en Vas Mingo 1986: 162-165) y un año más tarde emprendía el Adelantado su viaje por las islas antillanas que concluirían con la llegada al continente. Se iniciaba así la exploración de la Florida y de la zona sur de EE. UU. que, a lo largo de los años, estuvo marcada por los desastres que sufrirían las distintas expediciones, más que en cualquier otra parte de América<sup>2</sup>. Si nos atenemos a lo que nos cuentan los cronistas el interés fundamental de Ponce de León en su expedición de 1513 fue el de encontrar una fuente de la juventud cuya información parece ser que estaba muy divulgada entre los indígenas de algunas islas del Caribe. Sin embargo, no tenemos constancia de que Juan Ponce de León buscara dicha fuente y uno de sus biógrafos, V. Murga (1959), llega a afirmar que se trata de una atribución falsa<sup>3</sup>. Ante la falta de testimonios directos del propio Ponce y de otra documentación aclaratoria sobre el tema, resulta imposible saber si creía o no en la existencia de dicha fuente. Su capitulación de 1512 no difiere de las habituales y esperar que mencionase este objetivo legendario hubiera supuesto romper con el esquema legalista y administrativo que las caracteriza. Sin embargo, indirectamente, el hecho de que se destaque como centro de la expedición la isla de Bimini es en sí mismo significativo. Es más, Ponce de León, a su regreso a España, sería nombrado Adelantado de Bimini y de la Florida. ¿Por qué este interés en el descubrimiento de Bimini? Los cronistas afirman que los españoles se basaron en las informaciones indígenas que aseguraban que en ella estaba la famosa fuente. Se puede comprobar fácilmente que la mayoría de las expediciones de descubrimiento se originan en informaciones indígenas que aseguran que existen reinos llenos de riqueza o que ofrecen la posibilidad de alcanzar objetivos míticos y legendarios. La disposición de los conquistadores a aceptar estas informaciones muestra su credulidad en la materia que podemos denominar «mítica», pero no hay que olvidar dos impulsos fundamentales: el deseo de descubrir novedades que, podían ser «maravillas», algo muy renacentista, y que aquellas informaciones fuesen ciertas, es decir, una actitud pragmática. En el caso de Bimini no hay referencias en las informaciones indígenas a tesoros o riquezas, sólo a la mencionada fuente. Es muy probable, por lo tanto, que Ponce de León, al organizar su expedición en 1513, deseara conocer lo que de cierto había al respecto. La importancia histórica de este viaje radica en su descubrimiento de la Florida; sin embargo, el nombre de Juan Ponce de León quedó asociado, para siempre a la supuesta obsesión por encontrar la fuente de la juventud en Bimini. Los cronistas, con sus textos, fueron los causantes directos de esta especie de tergiversación histórica que acentuó lo que, sin duda, fue un episodio anecdótico en la vida de Ponce y, en cambio, dejó en la sombra el resto de su larga

actividad colonizadora en las Antillas. La visión imaginativa, literaria, se impuso a la histórica.

Paradójicamente, Juan Ponce de León ni siquiera llegó a pisar la isla de Bimini. En su búsqueda, los expedicionarios fueron visitando diversas islas durante los meses finales de 1512 y primeros de 1513. De la trayectoria del viaje nos dejó constancia el cronista Herrera, poseedor de una documentación hoy perdida<sup>4</sup>. El día 2 de abril de 1513 llegaron a una tierra, que pensaron era isla, y que denominaron Florida. El inca Garcilaso describe así ese momento: «con tormenta, dio en la costa al septentrión de la isla de Cuba, la cual costa, por ser día de Pascua de Resurrección cuando la vio, la llamó Florida y fue el año de mil y quinientos treze, que según los computistas se celebró aquel año a los veinte y siete de marco» (Garcilaso 1988: 108).

En septiembre J. Ponce regresa con el grueso de la expedición a Puerto Rico y encomienda a Alaminos y Ortubia que sigan buscando la famosa isla. A su regreso, en febrero de 1514, dijeron que la habían encontrado, pero no así la famosa fuente («después de haber hallado Bimini, aunque no la fuente», *Década I*, libro IX, cap. XI, Herrera 1991: 581)<sup>5</sup>. No hay ninguna indicación añadida que nos permita pensar que Ponce volviese a pensar en dicho prodigio. Su vuelta a la Florida en 1521 al mando de otra expedición no contempla dicho objetivo mítico, ya que los cronistas no hacen ninguna mención al respecto. Esta segunda expedición terminó tan mal que el Inca Garcilaso no duda en señalar que «parece que dejó su desdicha en esencia a los que después acá le han sucedido en la misma demanda» (Garcilaso 1988: 109).

El episodio de Bimini no contribuyó a la fama de Ponce de León, ya que por su causa fue objeto de burla entre los cronistas, de lo que puede deducirse que igual opinión se tendría en los ambientes cultos, aunque las clases sociales más populares tal vez fuesen más crédulas.

Uno de los primeros cronistas que se refieren a la búsqueda de la fuente fue Mártir de Anglería:

a la distancia de trescientas veinticinco leguas de la Española, cuentan que hay una isla, los que la exploraron en lo interior, que se llama Boyuca o Ananeo, la cual tiene una fuente tan notable que, bebiendo de su agua, rejuvenecen los viejos. Y no piense Vuestra Beatitud que esto lo dicen de broma o con ligereza: tan formalmente se han atrevido a extender esto por toda la corte, que todo el pueblo y no pocos de los que la virtud o la fortuna distingue del pueblo, lo tienen por verdad.

Pues si Vuestra Santidad me pregunta mi parecer, responderé que yo no concedo tanto poder a la naturaleza madre de las cosas, y entiendo que Dios se ha reservado esta prerrogativa cual no menos peculiar que es escudriñar los corazones de los hombres o sacar las cosas de la nada, como no vayamos a creer la fábula de Medea acerca del rejuvenecimiento de Esón o la de la Sibila de Eritrea, convertida en hojas.

(*Década II*, cap. X, Mártir de Anglería 1964: 159)

A pesar de su brevedad, el texto de Anglería contiene datos de gran interés. Para apreciarlos en su verdadera dimensión es necesario tener presente que sus *Décadas* registran la actualidad americana con toda la inmediatez, guardando la distancia, con que lo haría un periodista de nuestros días. Anglería, escribiendo desde España y con muy buena información, es el primer comentarista de lo que va aconteciendo en América. Su papel como «informador», fundamental en su época, hoy no es tan relevante porque disponemos de muchos textos cronísticos que en su momento gozaron de menor difusión al no ser editados. En cambio; los comentarios a las noticias que le van llegando de América complementan los relatos de los cronistas que escriben desde América, ofreciéndonos un testimonio único -la reacción de un humanista europeo en el mismo momento en que es conocida la noticia americana- de cómo se vivía en España o en Europa la evolución de la aventura americana. Conocer hasta qué punto la información de Anglería sobre la difusión de la noticia de la fuente y la credulidad en la misma es exacta es imposible ya que no podemos contrastarla con otras crónicas; de todas formas no parece arriesgado asumirla.

También puede comprobarse que Anglería reacciona ante la noticia con incredulidad, enunciando lo que más adelante, en la *Década VII*, desarrollará en extenso: los prodigios de la Naturaleza como manifestación divina. Sin embargo, en esta *Década II*, Anglería aún no ha llegado a esa síntesis, de manera que su exposición se plasma en tres ideas: 1) la naturaleza no puede por sí misma obrar tales prodigios; 2) sólo Dios puede hacerlos; 3) los prodigios similares de la Antigüedad son fábulas que no pueden creerse.

Como puede observarse no hay en Pedro Mártir una referencia expresa a la «fuente de la juventud» en cuanto mito cristiano, aunque al mencionar que algo tan milagroso sólo puede provenir de Dios, deja abierta la posibilidad que en la *Década VII* desarrollará. Su alusión a la fuente la realiza en el mismo contexto en que presenta otros fenómenos que considera «maravillosos», eliminando las referencias concretas de su búsqueda por Ponce de León, y perdiendo, así, fuerza desde un punto de vista literario.

Otros cronistas se refirieron a la búsqueda de Ponce de León. Las Casas lo hace brevemente y sorprende que si tanta difusión llegó a tener el tema de la fuente, él ni siquiera lo mencione; de hecho, su información es muy confusa ya que llega a identificar a Bimini con la Florida: «Esta misma tierra llamó el mismo Juan Ponce Bimine; no supe de dónde o por qué causa tal nombre le puso o de dónde le vino o si la llamaron así los indios» (Lib. III, cap. XX, t. II; Casas 1981: 504). En cambio, Fernández de Oviedo sí que lo recuerda y, sin duda, su manera de satirizar el episodio fue el origen de que el resto de los cronistas siguiesen esa perspectiva burlesca. Oviedo no hace tampoco ninguna referencia al mito cristiano de la fuente de Juvencio o de la juventud, no porque no lo conociese -él, que era un erudito- sino porque no debió encontrar en el episodio de Ponce de León ningún elemento que lo relacionase con el mismo. Como en otras ocasiones, considera que los indígenas inventan estas historias, pero lo que provoca su sátira es que los españoles les den crédito. Las tres ocasiones en

que Oviedo se refirió a este episodio nos permiten apreciar las variantes burlescas que fue introduciendo:

y entonces se divulgó aquella fábula de la fuente que hacía rejuvenecer o tornar mancebos los hombres viejos; esto fue el año de mili e quinientos y doce. E fue esto tan divulgado e certificado por indios de aquellas partes, que anduvieron el capitán Joan Ponce y su gente y carabelas perdidos y con mucho trabajo más de seis meses, por entre aquellas islas, a buscar esta fuente. Lo cual fue muy gran burla decirlo los indios, y mayor desvarío creerlo los cristianos e gastar tiempo en buscar tal fuente.

(Lib. XVI, cap. XI, vol. II; Fernández de Oviedo 1959: 102)

e cómo anduvo en busca de aquella fabulosa fuente de Bimini, que publicaron los indios que tornaba a los viejos mozos. Y esto yo lo he visto (sin la fuente), no en el sujeto e mejoramiento de las fuerzas, pero en el enflaquecimiento del seso, e tornarse, en sus hechos, mozos y de poco entender, y éstos fue uno el mismo Joan Ponce, en tanto que le turó aquella vanidad de dar crédito a los indios en tal disparate, e a tanta costa suya de armadar de navios y gentes.

(Lib. XVI, cap. XIII, vol. II; Fernández de Oviedo 1959: 105)

después que descubrió a Bimini e le dio el Rey título de adelantado por lo que había gastado e servido en sus armadas e buscando aquella fuente de Bimini, que los indios habían dado a entender que hacía renovar e retoñecer e refrescar la edad e fuerzas del que bebía o se lavaba en aquella fuente, como todo aquello paró en la vanidad que debía de parar una cosa tan fabulosa e mendace, e vido que había seído burlado e mal informado, no cansado por gastos ni trabajos, volvió a armar con más acuerdo y expensas.

(Lib. XXXVI, cap. I, vol. IV; Fernández de Oviedo 1959: 320)

También Gomara se refiere brevemente en su *Historia de las Indias* a la expedición de Ponce de León, inspirándose, como puede comprobarse fácilmente, en Oviedo:

Quitó el Almirante del gobierno del Boriquen a Juan Ponce de León, y viéndose sin cargo y rico, armó dos carabelas y fue a buscar la isla Boyuca, donde decían los

indios estar la fuente que tornaba mozos a los viejos. Anduvo perdido y hambriento seis meses por entre muchas islas sin hallar rastro de tal fuente.

(López de Gomara 1946: 180-181)

Por su parte, el inca Garcilaso menciona que sigue a López de Gomara, y lo hace de manera casi literal:

[...] armó dos carabelas y fue en demanda de una isla que llamaban Bimini y según otros Buyoca, donde los indios fabulosamente decían había una fuente que remozaba a los viejos, en demanda de la cual anduvo muchos días perdido, sin la hallar.

(Garcilaso 1988: 108)

Ni Gomara ni el Inca aportan novedades a la leyenda, limitándose a recordar su existencia, ya que, en realidad, careciendo de datos concretos que permitiesen elaborar un relato de la misma, poco más podían hacer. Es también lo que podemos apreciar en la crónica de Herrera que, escribiendo a principios del XVII, tuvo a su alcance informaciones sobre el viaje de Ponce de León que luego desaparecieron. De hecho, es Herrera quien relata minuciosamente el viaje de Ponce (*Década I*, lib. IX, caps. X-XII), confirmando el objetivo de encontrar la fuente:

Es cosa cierta que demás del principal propósito de Juan Ponce de León para la navegación que hizo, que se ha referido en el capítulo precedente, que fue descubrir nuevas tierras, que era en lo que más entendían los castellanos en aquellos primeros tiempos, fue a buscar la fuente de Bimini, y en la Florida un río, dando en esto crédito a los indios de Cuba y a otros de la Española, que decían que bañándose en él o en la fuente los hombres viejos se volvían mozos; y fue verdad que muchos indios de Cuba, teniendo por cierto que había este río, pasaron no muchos años antes que los castellanos descubriesen aquella isla a las tierras de la Florida en busca de él [...] y no quedó río ni arroyo en toda la Florida, hasta las lagunas y pantanos, adonde no se bañasen; y hasta hoy porfían algunos en buscar este misterio.

(Cap. XII; Herrera 1991: 582)



No tenemos constancia a través de otros cronistas de que Ponce de León buscara ningún río rejuvenecedor en la Florida; más bien parece que mezcla aquí Herrera aspectos de la expedición de Vázquez de Aillón. Tampoco hay ninguna razón para pensar que en la segunda expedición de Ponce a la Florida en 1521 se siguiera buscando fuentes o ríos de estas características. Lo que sí está demostrado es que Ponce de León tenía un interés principal por llegar a Bimini debido a las informaciones indígenas sobre la fuente, aunque, como ya se ha señalado, desconocemos si era tan ingenuo como lo presentó Oviedo. Por lo demás, el texto de Herrera amplía la información sobre el mito de la fuente siguiendo la línea irónica marcada por Oviedo y con indudables aciertos literarios.

No muy diferente, en cuanto a la información, es la versión que del tema nos ofrece Juan de Castellanos, coincidente también con la de Oviedo. Al escribir una obra convencionalmente «literaria» tiene una libertad imaginativa que no podían desarrollar el resto de los cronistas. De esta manera, a fines del XVI, la leyenda de la fuente de Bimini encontraba su lugar más adecuado en el marco de la literatura. Reproduzco tres de las seis estrofas que dedicó a la leyenda:

Entre los mas antiguos desta gente

había muchos indios que decían  
de la Bimini, isla prepotente,  
donde varias naciones acudían,  
por las virtudes grandes de su fuente,  
do viejos en mancebos se volvían,  
y donde las mujeres más ancianas  
deshacían las rugas y las canas.

Decían admirables influencias

de sus floridos campos y florestas;  
no se vían aún las apariencias  
de las cosas que suelen ser molestas,  
ni sabían que son litispensiones,  
sino gozos, placeres, grandes fiestas:  
al fin nos la pintaban de manera  
que cobraban allí la edad primera.

La fama pues del agua se vertía

por los destos cabildos y concejos,  
y con imaginar que ya se vía  
en mozos se tornaron muchos viejos:  
prosiguiendo tan loca fantasía  
sin querer ser capaces de consejos;  
y ansí tomaron muchos el camino  
de tan desatinado desatino.

(Elegía VI, canto VII, estrofas 22, 24 y 27; Castellanos 1944: 69)

No es extraño que el nombre de Ponce de León quedase ligado a la fuente de la juventud, ni que los cronistas no olvidasen mencionar el episodio. Y no lo es porque si existe un mito evocador y atractivo es el que estamos tratando.

## **El río Jordán y el relato de Andrés Barbudo**

En 1526 Vázquez de Aillón emprendía la que sería su última expedición. La que se presumía iba a ser una gran conquista en tierras de la Florida acabó muy pronto en medio del desastre. No creo que sea exagerado decir que el único recuerdo de tal expedición fue el acierto de Aillón al denominar un río de la zona con el término «Jordán», ya que de este modo pervivió la idea de la fuente de la juventud asociada a aquellas latitudes americanas. Diversos cronistas atribuyen a Aillón la denominación del río, aunque el Inca Garcilaso ofrece otra información: «[...] el río llamado Jordán, a contemplación de que el marinero que primero lo vio se llamaba así» (Garcilaso 1988: 110). Además, sitúa este episodio en una expedición anterior de Aillón. Juan Gil (1989: 279) sí relaciona el nombre del río con el mito: «en esta jornada de Aillón se están barajando otra vez las mismas ideas que habían espoleado a los hombres de Juan Ponce, sólo que la fuente de Bimini recibe el nombre cristiano que le corresponde», es decir, que dicha expedición tenía entre sus objetivos la mítica fuente, algo que no se constata en los cronistas aunque, al mismo tiempo, sí tenemos constancia de que el tema de la fuente era conocido y hasta es posible que Aillón creyese en su existencia. A través de los cronistas, sobre todo de Pedro Mártir, podemos obtener la información necesaria para aclarar estas cuestiones.

El licenciado Aillón era juez de apelación en La Española y, según Oviedo, «por virtuoso caballero e persona de buen entendimiento era tenido» (Lib. XXXVII, proemio, t. IV; Fernández de Oviedo 1959: 323). Sin embargo, aunque pasase por tal no era, ciertamente, tan virtuoso ya que, como señala Gil (1989: 269-277), en el juicio de residencia que en 1517 se le hace queda patente su actividad esclavista por las islas de los lucayos. A finales de 1521 regresa a España con el propósito de conseguir la capitulación de la expedición que realizaría en 1526 y, en efecto, le es concedida en 1523. En todo este proceso hay un personaje fundamental que ya es el momento de presentar: se trata de un esclavo suyo llamado Francisco de Chicora (o Chicorano) que trae a España y cuyas informaciones son las que determinan a Aillón a preparar la expedición. De este personaje nos hablan Pedro Mártir y Oviedo. El primero comenta lo siguiente:

De los chicoranos sacados de ellas [se refiere a las tierras de la Florida] se trajo uno para que le sirviera; y bautizado se

llama Francisco, y el apellido lo toma de su patria Chicora. Mientras se detenía atendiendo a los negocios, los tuve alguna vez convidados al amo Ayllón y a Francisco Chicorano, su sirviente. No es tonto este Chicorano, ni deja de saber bien, y ha aprendido con bastante facilidad el idioma español. Así, pues, voy a contar las cosas, ciertamente admirables, que me manifestó el propio licenciado Ayllón, que las tenía escritas según la relación de sus compañeros y las que de palabra declaró Chicorano. Cada uno, según su entender, dé crédito o niéguelo a las cosas que voy a referir.

(*Década VII*, cap. II; Mártir de Anglería 1964: 427-28)

Destaca Pedro Mártir la inteligencia del indígena y las cosas admirables que cuenta de su tierra, siendo la más significativa la estatura gigante de sus reyes, episodio al que se refiere a continuación. En todo caso es muy significativo que Anglería manifieste su prevención ante lo que el indígena cuenta. Por su parte, Oviedo relata también su encuentro con Aillón y el Chicorano de la forma siguiente:

El año de mili e quinientos e veinte y tres yo fui a España [...] donde hallé al licenciado Ayllón que venía para esta su empresa [...] E díjome la confianza grande que tenía de aquel esclavo, e que le había fecho cristiano, e que era muy buena persona e de muy gentil juicio [se refiere Oviedo a continuación a que el indígena decía que en su tierra había perlas gigantescas] e creí que aquel indio mentía en cuanto le había dicho, e que el deseo de volver a su patria, le hacía decir todo aquello [...] me le loó tanto, que conocí que le creía como si fuera evangelista.

(Lib.. XXXVII, proemio, t. IV; Fernández de Oviedo 1959: 323-324)

El episodio del Chicorano es interesante por dos motivos: es un ejemplo muy claro - pero entre otros muchos- de las falsas informaciones con que los indios engañaban a los españoles y que hacían creer a éstos que tenían casi entre sus manos fabulosos tesoros. Como en tantas ocasiones, también Francisco huyó nada más pisar la Florida. En segundo lugar, más interesante en lo que respecta a nuestro tema es que queda patente que el objetivo del viaje de Aillón está en relación con estas informaciones; es decir, como en la mayoría de las expediciones se espera conseguir encontrar territorios llenos de riquezas, sin que se haga la más mínima mención a que entre esos objetivos esté el de encontrar fuente o río de la juventud. Nuevamente, el testimonio de Oviedo y Pedro Mártir dejan muy clara la motivación de la expedición:

E dice la licencia real que le da facultad para que pueda ir el dicho licenciado, o enviar a proseguir el descubrimiento de

la tierra e provincias e islas de Duahe, Chicora, Ita, Taucac [se añaden otros 17 nombres] [...] que en cada nombre de éstos pensó el licenciado que llevaba un tesoro [...]? Así que, éste fue el recabdo que este caballero sacó de la confianza de su indio Francisco de Chicota .

(*Ibid.*, cap. I; Fernández de Oviedo 1959: 325)

Al propio licenciado, el senador Ayllón, le hemos concedido lo que deseaba. Ha sido despachado por nosotros y por la Majestad Cesárea a consulta nuestra. Van a construir en la Española una armada nueva para pasar con ella a aquellas regiones y levantar una colonia; y no les faltará quien le siga, porque toda esta nación española es tan amante de cosas nuevas, que a cualquier parte que, sólo por señas o con un silbido se la llame para algo que ocurra, de seguida se dispone a ir volando; deja lo seguro por esperanza de más altos grados, para ir en pos de lo incierto .

(*Década VII*, cap. IV: Mártir de Anglería 1964: 437)

Sin embargo, hay un hecho que no puede dejar de mencionarse ya que es altamente significativo. ¿Por qué Aillón dio el nombre de Jordán a un río de la Florida? Cuando los cronistas mencionan este dato no se hace la más mínima referencia a que Aillón pensase que había encontrado el río de las aguas rejuvenecedoras; más bien hay que deducir que Aillón le dio este nombre lo mismo que podría haberle dado otro cualquiera. Ahora bien, no puede ser casualidad que justamente fuese ése el nombre que se le ocurrió a Aillón tratándose de una tierra en la que los indígenas situaban fuentes rejuvenecedoras. Es más, tenemos el testimonio de Mártir de Anglería de que Aillón estaba al tanto de tales informaciones. Deducir, sin embargo, que Aillón identifica su río Jordán con un río de aguas rejuvenecedoras es un error, por la sencilla razón de que no poseemos ningún tipo de documentación o escrito cronístico que pueda hacernos pensar en ello. Lo lógico sería deducir que Aillón, al poner el nombre al río, tiene, desde luego, en mente las informaciones indígenas al mismo tiempo que el simbolismo cristiano del río Jordán (el río del bautismo), pero nada nos permite opinar que, más allá del nombre, el río tuviese para Aillón algún mérito en sus aguas. Si resulta claro, por falta de menciones, que Aillón no buscaba fuente o río de la juventud alguno (por lo menos de manera declarada) en su expedición de 1526, también es evidente que el tema de las aguas rejuvenecedoras permanecía asociado a las tierras de la Florida. Es, por ejemplo, significativo que Gomara al escribir en su *Historia de las Indias* sobre la expedición de Aillón titule el episodio «Río Jordán en tierra de Chicora» (López de Gomara 1946: 179) cuando, en realidad, sólo menciona en cinco líneas la influencia que sobre el licenciado ejerció Francisco Chicora. También recordarán el río Jordán como algo buscado por los españoles los expedicionarios franceses que en torno a 1562-1564 intentaban asentarse en tierras de la Florida (*cf.* Weckmann 1984: 58). Pero el dato más significativo de la permanencia de la leyenda está ligado a un naufrago, Hernando de

Escalante Fontaneda, que habiendo llegado a las costas de la Florida en 1551, buscó durante los 17 años que estuvo cautivo de los indios, según testimonia en una relación que escribió en 1574, el río Jordán, con la convicción de que sus aguas le rejuvenecerían. De su relato podemos deducir que aún permanecía el recuerdo de la expedición a Bimini de Ponce de León, ya que alude a que Ponce buscó el río Jordán, mezclando las expediciones de Ponce y de Aillón (referencias a la búsqueda de Escalante en Weckmann, 1984: 57-58, y en Gil 1989: 280).

A través de estos testimonios tardíos sabemos que fueron las informaciones indígenas las que fomentaron entre los españoles la creencia en la existencia de una fuente de juventud. Un testimonio fundamental lo ofrece Pedro Mártir, cuando menciona las tertulias que en su casa celebraban tres personajes junto con él. En efecto, en el año 1523 se reunían Mártir, Aillón, el licenciado Figueroa y Álvaro de Castro, deán de La Española. Según relata Mártir:

Los tres declaran unánimes que han oído lo de la fuente que restaura el vigor, y creído en parte a los que lo contaban. Dicen que ellos no lo vieron ni lo comprobaron en ningún experimento, porque los habitantes de aquella tierra de la Florida tenían las uñas muy afiladas, y eran acérrimos defensores de sus derechos [...]. De esto puso el deán un ejemplo.

Tienen de criado a un yucayo que se llama Andrés Barbudo, porque entre sus coterráneos imberbes, él salió con barbas. Se dice que éste nació de padre ya muy anciano. Desde su isla natal, cercana de la región de la Florida, atraído por la fama de aquella fuente y por el anhelo de alargar la vida, preparando lo necesario para el viaje al modo que los nuestros por recobrar la salud van de Roma o de Nápoles a los baños de Puteoli, marchó a tomar la deseada agua de aquella fuente; fue, se detuvo allí, bañándose y bebiendo el agua muchos días con los remedios establecidos por los bañeros, y se cuenta que se fue a su casa con fuerzas viriles, e hizo todos los oficios de varón, y que se casó otra vez y tuvo hijos; este hijo suyo pone por testigos de ello a muchos de los que fueron traídos de su patria, Yucaya, los cuales afirman que vieron a aquel hombre ya casi decrepito y después rejuvenecido y con fuerzas y vigor corporal.

(*Década*, VII, cap. VII; Mártir de Anglería 1964: 454)

A pesar de lo insólito de la información de Andrés Barbudo, Pedro Mártir interpreta de manera muy racional la posibilidad de que existan aguas con poderes tan maravillosos. Muy alejado parece quedar el mito de la fuente de la juventud respecto al relato de Andrés Barbudo, tal como lo ve Pedro Mártir y podremos comprobar a continuación.

## La interpretación de Pedro Mártir de Anglería

El mito de la fuente de la juventud presenta tres momentos claramente diferenciados en los textos cronísticos. La primera fase se produce cuando los cronistas se refieren a la búsqueda de la fuente por Ponce de León. Tal vez muchos llegaron a creer que tal fuente existía, si nos atenemos al testimonio de Pedro Mártir, pero los cronistas no dudaron en afirmar que era una patraña. Oviedo se mostró cáustico en sus comentarios, y autores como Gomara y el Inca se limitaron a recordar su opinión; Pedro Mártir, simplemente, lo rechaza porque considera imposible que la Naturaleza pueda ofrecer tal prodigio que piensa está reservado a Dios. Sin embargo, es en esta primera fase cuando verdaderamente podemos hablar de un planteamiento mítico, ya que lo que se cuestiona es la existencia de una fuente que devuelve al hombre viejo a su juventud por el solo efecto de beber sus aguas. La negativa de Oviedo o el escepticismo de Mártir a aceptar que en Bimini se halle tal prodigio nos plantea la cuestión siguiente: se enuncia el mito pero, al mismo tiempo, se elimina la posibilidad de desarrollarlo. Cualquier cronista conocería la versión cristiana del mito de la fuente de la juventud pero, al no encontrar elementos que justificasen la existencia en América de dicha fuente, ni siquiera se menciona. Con mayor motivo, tampoco se alude a mitos de la Antigüedad ya que las «fuentes» citadas por autores clásicos no podían ser tenidas en cuenta porque el prodigio sólo podía ser obra divina. De hecho, es únicamente Pedro Mártir quien recuerda dos casos similares, señalando que no pueden ser admitidos: el rejuvenecimiento de Esón por las medicinas de Medea y los poderes mágicos de Circe que se relatan en la *Odisea*. Por lo tanto, debemos concluir que, ante el episodio de Bimini, los cronistas recordaron el mito, pero su actitud racionalista hizo que desechasen inmediatamente que tal prodigio pudiese encontrarse en América.

Esa actitud racionalista es la que condiciona la segunda fase del mito, desarrollada por Pedro Mártir en su *Década VII*. En efecto, después de aludir al relato de Andrés Barbudo, se extiende largamente (algo más de dos páginas en la edición utilizada) en el análisis de si es posible que exista una fuente cuyas aguas tengan virtudes curativas equivalentes al rejuvenecimiento. Es decir, se abandona por completo cualquier planteamiento mítico y se desliga claramente la cuestión de una fuente de la juventud que sólo Dios podría haber creado. Ya no se trata, pues, de discutir sobre si tal fuente existe o no. El tema se traslada a un planteamiento científico, según los conocimientos y creencias de la época, en torno a la posibilidad de que la naturaleza humana sea modificada por el poder curativo de aguas con características especiales. De esta manera, Pedro Mártir va a admitir que es posible que existan aguas rejuvenecedoras, lo mismo que existen aguas con otras propiedades curativas, marginando de la discusión el tema de la fuente de la juventud. Veamos, pues, cómo expone Mártir de Anglería la cuestión:

Yo no ignoro que estas cosas van contra la opinión de todos los filósofos los cuales juzgan que no es posible el regreso de la privación al hábito. Los vapores acuoso y aéreo del humor radical se han perdido o por lo menos disminuido en el anciano, lo confieso; pero al hombre de tierra que se ve dominado del frío seco, le es dado convertir la sustancia de

cualquier comida y bebida en su naturaleza tétrica y triste. Yo no concedo que aquel hábito perdido cuando languidece el calor natural se perturbe hasta corromperse; por eso, el que no se atreve a creer cosa ninguna más que lo probable y acostumbrado, preguntará cómo pueda suceder lo que aquéllos dicen.

(Mártir de Anglería 1964: 454)

Así comienza Pedro Mártir su exposición, aludiendo a las cuatro calidades primeras (calor, frialdad, humedad y sequedad) que conforman la naturaleza humana y demostrando, al mismo tiempo, su conocimiento de teorías «naturalistas» aceptadas en su tiempo (y de larga pervivencia) que provenían de Hipócrates, Galeno, Aristóteles (*De anima*) y Platón, entre otros. La Naturaleza, señala Mártir, es «artífice maravillosa» y «generosa» y, como prueba, ahí están los casos de las águilas, serpientes, ciervos, cornejas y cuervos que rejuvenecen, sigue señalando nuestro cronista (asuntos que aparecían en los bestiarios medievales). Por lo tanto, concluye, también la Naturaleza puede proporcionar a través de sus aguas la curación de ciertas enfermedades del hombre:

Vemos que se producen efectos varios por las propiedades de las aguas que corren por varias hendiduras de la tierra, y de allí sacan varios colores, olores, sabores, cualidades y también pesos; y no menos manifiesto es que a cada paso se curan varias enfermedades con varias raíces, troncos, hojas, flores y frutos de árboles; y cuando falta, o diré más propiamente, cuando está exuberante la pituita, se reproduce la suprimida bilis, y, por el contrario, cuando se echa a perder la sangre buena, se encuentra modo de purificarla disminuyéndola con jugo de flores o hierbas, o comiéndolas, o con baños y medicinas a propósito, y así al que está enfermo por depresión de humores se le da la salud con sacudidas.

Si, pues, en esto suceden tales cosas, como es manifiesto, ¿por qué hemos de maravillarnos de que la pródiga madre naturaleza, para comprimir aquella parte terrestre, cualquiera que sea el humor radical, fomente algo, de modo que, restituyendo los vapores acuoso y aéreo, se renueve en la sangre el entorpecido calor natural, con cuya renovación se temple también la torpeza y pesadez, y con la restauración de todo esto la vieja casa se restaure con ayuda de tales adminículos? Así, pues, yo no me maravillaría de que las aguas de esta fuente tuvieran alguna virtud aérea y acuosa, desconocida para nosotros, de templar el entristecimiento aquel restaurando las fuerzas.

A pesar de admitir esa posibilidad, no se muestra Mártir de Anglería muy tentado de descubrir dichas aguas. Su exposición termina con consideraciones morales de tono estoico, indicando que la vida no es tan placentera como para querer alargarla más allá de lo que la propia naturaleza humana otorga y, a fin de cuentas, ese rejuvenecimiento «deberá creerse que lo han logrado pocos, y esos pocos no con tanta ventaja, que puedan hacerse inmortales, o se les permita disfrutar tan insólita prerrogativa por mucho tiempo» (Manir de Anglería 1964: 456).

La tercera fase del mito podríamos denominarla «tardía». Me refiero al episodio de Escalante y a las menciones de los expedicionarios franceses a que antes se ha aludido. Nuevamente el mito renace a mediados del siglo XVI como tal, desvinculado de todo planteamiento racionalista y asociado a una búsqueda individual. Sin embargo, la ausencia de referencias en los cronistas es un indicio suficiente de que la búsqueda de la fuente de la juventud había finalizado. De hecho, las referencias cronísticas se limitan sólo al caso de Ponce de León.

## Bibliografía

- Antonio de Alcedo, *Diccionario geográfico de las Indias Occidentales o América*. Madrid, BAE, 1967.
- A. Ballesteros Bereta, *Génesis del Descubrimiento* (tomo III). Barcelona, 1947.
- Manuel Ballesteros, *Juan Ponce de León*. Madrid, Historia 16/Quórum, 1987.
- Fray Bartolomé de Las Casas, *Historia de las Indias* (tomo II). México, FCE, 1981.
- Juan de Castellanos, *Elegía de varones ilustres de Indias*. Madrid, BAE, 1944.
- Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*. Madrid, BAE, 1959.
- Enrique de Gandía, *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*. Madrid, SGEL, 1929.
- Garcilaso de la Vega, Inca, *La Florida del Inca* (edición de Carmen de Mora). Madrid, Alianza, 1988.
- Juan Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento. 1. Colón y su tiempo*. Madrid, Alianza Universidad, 1989.
- Antonio de Herrera Tordesillas, *Décadas* (edición de M. Cuesta Domingo). Madrid, Universidad Complutense, 1991.
- Claude Kappler, *Monstruos, demonios y maravillas afines de la Edad Media*. Madrid, Akal, 1986.



- Francisco López de Gomara, *Historia de las Indias*. Madrid, BAE, 1946.
- Juan de Mandevila, *Libro de las maravillas del mundo* (edición de Gonzalo Santonja). Madrid, Visor, 1984.
- Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*. México, 1964.
- V. Murga Sanz, *Juan Ponce de León, fundador y primer gobernador del pueblo puertorriqueño, descubridor de la Florida y del Estrecho de las Bahamas*. Madrid, 1959.
- Milagros del Vas Mingo, *Las capitulaciones de Indias en el siglo XVI*. Madrid, ICI, 1986.
- Luis Weckmann, *La herencia medieval de México* (tomo I). México, El Colegio de México, 1984.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)